

## MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.



Del bellissimo libro así titulado tomamos el siguiente capítulo, en que el tenor sin rival en el mundo aparece humilde pastorcillo:

«En aquella pobre casería de la calle de Arana, y entre el cariño de sus padres y de sus hermanos, creció Julian Gayarre; y cuando apenas podía decirse que hablaba, enviáronle á la escuela, donde no tardó tampoco mucho en aprender las primeras letras.

Era un rapaz listo, vivo y travieso, y segun he oído referir á los ancianos del país que le conocieron, todo lo que tenia de enredador y bullicioso en la calle, era de aplicado en la escuela.

Tenia una memoria prodigiosa y una facilidad extraordinaria para aprenderlo todo, especialmente la aritmética, en la cual llegó á ser el número uno.

—¡Diablo de chico!—cuentan que decia su padre, cuando el maestro le refería los adelantos y las aptitudes de su hijo:—¡si pudiera darle una carrera!

Pero esto era imposible. En casa del tío Mariano escaseaban mucho los bienes de fortuna y tenian todos que ganarse la comida; así es que apenas Gayarre concluyó de adquirir los conocimientos propios de la primera enseñanza, le hizo dejar la escuela, dedicándole á que le sirviese de ayuda en las rudas faenas de labrador.

Al mismo Julian se lo he oído referir muchas veces paseando por aquellos lugares.

¡En cuántas ocasiones tuvo que tenderse sobre la tierra, á la sombra de los trigos, cansado y sudoroso por el sol de Julio, á cuyos rayos habia estado trabajando todo el dia! ¡Cuantas, aterido de frio en las crudas tardes del invierno, cuando regresaba á casa, tuvo que cobijarse del temporal de nieves en las anchas grietas de aquellas rocas!

Recuerdo perfectamente que el verano de 1888 habíamos: salido de Roncal á pasar un dia de campo por los alrededores. Mientras nuestros amigos y compañeros de expedicion pescaban las sabrosas

truchas del Ezca, Gayarre y yo entramos en una heredad próxima, que se extiende al pié de unas rocas cubiertas de boj. Al llegar á ella sentóse sobre un peñasco, y á poco comenzó á suspirar y ví que sus ojos se cubrían de lágrimas.

—¿Qué te pasa Julian?—le pregunté.

—Mira—me contestó.—Acá venía á trabajar esta tierra con mi padre y mis hermanos: acá nos traía mi buena madre en un cestillo el puchero de habas y el pedazo de pan que componian nuestra comida. Aquí, bajo esa roca, dormía tranquilo muchas noches aguardando el amanecer para volver al trabajo en los días de siega. ¡Y qué feliz era entonces!... Entonces era pobre, sí, muy pobre; pero tenía madre, padre, hermanos. Hoy soy rico, millonario; pero ¿dónde están todos aquellos seres queridos?.... Ni uno solo vive. ¡Pues no he de llorar!...

Son los roncaleses, como casi todos los hijos de las montañas del Norte, un pueblo trabajador, y desde muy niños dedícanse á ganar la vida con el trabajo; allí no está permitida la ociosidad. Frisaba Gayarre en los trece años cuando su padre pensó que era ya llegado el tiempo de que comenzase á ganar la vida.

—¿A qué dedicar al chico?—se preguntaba.

Los únicos oficios que existían y existen en Roncal son los del campo ó los de la montaña. El tío Mariano dedicó á su hijo á estos últimos. Le hizo pastor de ovejas.

Allá, por las altas y empinadas sierras del Pirineo, subió Gayarre, con el zurrón á la espalda, en calidad de ayudante de pastores, para guarda; los ganados de sus convecinos.

En aquellas soledades de las montañas, entre aquellos ventisqueros de las abruptas rocas, entre aquellos bosques de hayas y pinos, en aquellos gigantescos picachos, donde solo anidan las águilas y no habitan más que fieras, es donde Gayarre empezó á vivir y á hacerse hombre.

Allí corrieron sus primeros años, sin más compañía que la imponente y majestuosa, á la par que salvaje naturaleza, atendiendo cuidadosamente á sus ovejas, corriendo tras de las que se alejaban, guiándolas por las vertientes de mejores pastos, encerrándose con ellas en el aprisco al caer la tarde, para dormir, rendido de fatiga, sobre un montón de hojas secas, hasta que con la aurora llegase otra vez el momento de salir al campo.

Durante la primavera y el estío pasábanse los días en apacible calma, disfrutando las delicias de tan espléndida vegetacion y tan agradable temperatura; pero en los días de invierno era duro, muy duro, sufrir allí las inclemencias de las continuas tempestades, de las grandes nevadas y de los hielos, luchando sin cesar con los airados elementos y las acometidas de los lobos.

Pocos oficios hay más duros que el de pastor en los Pirineos.

Los días de fiesta eran para Gayarre verdaderos días de gloria.

Antes que amaneciera, levantábase de su lecho de hojas secas y echaba á correr cuesta abajo para llegar á la primera misa del pueblo.

En él, y bajo el pórtico de su iglesia, encontrábase siempre, esperándole impaciente, á su buena madre María Ramona, que le recibía en sus brazos, le colmaba de caricias y se lo comía á besos.

Oían misa juntos, y juntos volvían también á casa, donde ella tenía preparado un sencillito almuerzo, que para él era casi un festín.

Mientras almorzaba presentábase su padre, el tío Mariano, que le daba sus mejores consejos acerca del oficio de pastor, hablaban del ganado, de las cosechas, del tiempo, y despues.... todo había concluido.

Guardaba Gayarre en el seno un pedazo de pan para el camino, y se alejaba otra vez de aquella casa tan querida, despidiéndole su padre y sus hermanos en la puerta, y siguiéndole su madre con la vista desde la ventana hasta que desaparecía entre los altos pinares de la montaña.

Uno de aquellos días de fiesta en los que, como de costumbre, había bajado al pueblo y hallábase almorzando en la cocina, entró en ella su padre y le dijo:

—Ya comienzas á ser hombre, Julian, y es menester que vayas portándote como tal. Desde el mes que viene irás á Cincovillas de Aragon con los rebaños, y ganarás treinta reales mensuales, y mantenido. Es un ajuste que te he hecho, y me parece bastante para empezar.

—Está bien, padre—contestó el obediente hijo.

Y, en efecto, un mes despues se despedía de sus padres y del pueblo y cruzaba los montes de Nabarra, guiando numeroso rebaño é internándose en tierra aragonesa.

Con él iba, en calidad de zagal, otro muchacho más talludito y más hombre que Gayarre. Simpatizaron desde el primer momento y se hicieron muy buenos amigos.

La vida no era del todo mala; y si no andaban muy abundantes de comestibles, no carecian de pan. Pero lo que más sentia el compañero de Gayarre era el no poder echar de cuando en cuando un traguillo de vino.

Tenia una bota, sí.... ¡pero vacía!

—¡Si pudiéramos llenarla!—solia exclamation á menudo.

Un dia habia bajado Gayarre al pueblo inmediato con objeto de comprar el pan y las demás provisiones necesarias para la semana, y llevárselas al monte. La tendera, moza robusta y no mal parecida, quedóse mirando á Gayarre, que contemplaba con fija atencion dos grandes pellejos de vino que, arrimados á la pared, estaban á la entrada.

—¡Parece que te gustan, chiquito!—le dijo la tabernera.

Gayarre, sin contestarla, se limitó á sonreír.

—Pues mira, hijo—siguióle diciendo;—por cada dos pucheros llenos de leche que me traigas, te daré yo uno lleno de ese rico *tinto* que ahí está guardado.

No echó Gayarre en olvido la proposicion, y cuando volvió al monte contósela en seguida á su compañero.

Excusado es decir la cara de pascua que éste pondria con tal noticia; y cuando el domingo siguiente aparejaba Gayarre el burro para bajar otra vez al pueblo en busca de nuevas provisiones, su compañero deslizó y colocó bonitamente bajo la manta del aparejo dos buenos pucheros llenos de leche, diciendo á Gayarre por lo bajo:

—¡Cuidado, que no te los vea el amo!

Gayarre llegó al pueblo; fuése derecho á la tabernera y le enseñó los pucheros, que la otra se apresuró á recoger, diciendo:

—¡Ya sabia yo que los traerías!

Aquella tarde subia Gayarre al monte llevando escondida entre la carga que el burro conducía, una bien repleta bota de vino tinto de Aragon. No hay para qué decir cómo sería recibida por su compañero tan preciosa carga.

Y desde aquel dia los dos amigos bebieron sendos tragos á costa de las pacíficas ovejas, sin que el pastor llegase nunca á conocer el fraude.

Y eso que algunas veces solia decir:

—¡Poca leche da este año el ganado!



A reposar bajo la cruz cristiana;  
Despojados de fúnebres honores  
Su nombre oscuro y su lugar incierto,  
No caerán sobre el túmulo del muerto  
Ni lágrimas ni flores!

F. ITURRIBARRÍA.

Bilbao 15 Setiembre 1891.

A. M. D. G.

---

## MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.

---

Lleno de entusiasmo salió Gayarre de Milán, confiando en que su voz, sus conocimientos musicales y su escuela de canto, le abrirían el camino que se había propuesto. Tenía gran fe en su porvenir.

Inmediatamente que llegó á Varesse se presentó en el teatro para conocer á sus demás compañeros y enterarse de los ensayos y trabajos que se preparaban.

La ópera con la cual debía *debutar* la compañía era la entonces afamada partitura de Verdi, *I Lombardi*.

Desconocido para casi todos, despues de saludar al empresario y al maestro director, fué á reunirse con los coristas, entre los cuales tenía algun conocimiento, y además porque sabia que entre ellos no existen envidiosas emulaciones, sino buen humor y verdadero afán de salir adelante para concluir la temporada cobrando sus pobres sueldos.

Delgado, y hasta descolorido por su vida de estudio y no muy abundante alimentacion, con un traje usado y de antigua moda, la presencia y la facha del *altro tenore* no era realmente muy á propósito para dar una gran idea de su valer artístico.

Pero sabido es que bajo una mala capa se encuentra á veces un buen bebedor.

No entonces, sino siempre, fué hombre Gayarre que se preocupó muy poco de hacer el *dandy*.

Pecaba acaso de excesivamente sencillo; y más de una vez, cuando algun amigo le hizo observaciones de que por qué no se vestía mejor, un artista como él, de su nombre y su fortuna, contestaba, encogiendo los hombros:

—¡Bah! El hábito no hace al monje.

En cambio, para los trajes que había de sacar á escena era excesivamente escrupuloso. Allí sí: allí se preocupaba hasta del último detalle.

La compañía *debutó*. Cantóse, como decia, *I Lombardi*, y fué un fracaso para todos, excepto para él, que en su parte secundaria de Arvino pasó perfectamente, y hasta con bastante simpatía. Fué el único que se salvó.

Muy mal empezaba la *troupe* su campaña en Varesse. *I Lombardi* había sido un verdadero desastre. ¿Qué hacer?

El empresario, desesperado, veía su negocio muy comprometido, y hasta se llegó á susurrar si, en vista de lo ocurrido, les daría á todos su licencia absoluta.

La situacion era grave. Julian entonces tomó tambien en esta, como en otras ocasiones, su resolucion pronta y enérgica. Fuese derecho al empresario y le dijo que él estaba decidido á hacerse oír á toda costa en la ópera que mejor conviniese á la Empresa, pues si los demás no habian gustado, no era culpa suya; que él habia sido recibido con aplauso, y no estaba dispuesto á marcharse sin cantar una parte en la que se le pudiese juzgar convenientemente.

El empresario vió que, en efecto, Gayarre habia sido bien recibido del público, y se decidió á probar fortuna con él, haciéndole cantar una nueva ópera, en la que desempeñase un papel de importancia.

—Y bien: ¿qué ópera haremos?—preguntó.

—La que usted quiera; la que más pronto pueda ir—contestó Gayarre.—Cantaré lo que se me indique del repertorio á que me he comprometido en el contrato.

—Pues haremos *Elixir de amore*.

—Pues á hacerla.

Segun contaba Gayarre, todos los temores, todos los apuros propios del que va por vez primera á presentarse en escena habian desaparecido en él, y se hubiera atrevido á cantar entónces, no una ópera, sino cuantas se hubiesen escrito.

Llegó la representación. El fiasco de *I Lombardi* había predispuesto al público desfavorablemente respecto á la compañía. La atmósfera, pues, que reinaba para la presentación de Gayarre no era en realidad de las mejores.

El teatro, sea por curiosidad de ver lo que pasaba, pues los ecos de entre bastidores habían corrido al público; sea porque entonces, como época de ferias, quería la gente divertirse, ó sea por oír realmente la ópera, el caso fué que, como el primer día, hubo una buena entrada.

Comenzó la representación. Gayarre estaba sereno, tranquilo, dueño de sí mismo y de sus facultades, comprendiendo bien la situación y dominándola.

Al presentarse en escena reinó gran silencio, que demostraba curiosidad mezclada de interés, y cantó. Su voz fresca, de timbre dulce y purísimo, la facilidad con que la emitía, su clásica dicción y su buena escuela de canto, impresionaron prontamente al público, y desde los primeros momentos se hizo dueño del auditorio. En el primer entreacto no se oía más que una sola frase entre los espectadores: «¡Qué bellísima voz!»

Esperaban, sin embargo, para juzgarle como cantante de una manera más segura á la célebre romanza del tercer acto, Una furtiva lágrima.

Llegó el esperado momento, en el cual confiaba Gayarre para apoderarse del público. Tenía puesta toda su confianza en la encantadora melodía porque la había estudiado bien y la sentía hondamente.

En aquel instante ocurrió un hecho que parece novelesco, pero que no lo es, por desgracia.

Disponiase á salir para cantar su romanza, apenas si faltaban unos minutos, cuando el avisador del teatro llegó hasta la caja del bastidor en que se encontraba y le entregó un despacho telegráfico. Rasgó precipitadamente el sobre de la ligera hoja de papel, y leyó en ella la más terrible de las noticias, compendiada en estos términos:

«Con profundo pesar te participo que tu pobre madre ha dejado de existir. Te acompaña en tu legítimo sentimiento,

GREGORIO.»

¡Tremendas frases que encerraban todo un poema de dolor, bastante para confundir al artista!

La orquesta en tanto preludiaba ya los primeros compases de la

romanza, y le empujaron á la escena. Salió, pues, con la muerte en el corazon y el luto en los labios; pero cantó. Y cantó aquella apasionada y triste melodía en que Memorino llora los desdenes de la mujer que ama, de una manera sublime, arrebatadora, ideal, entre sollozos verdaderos de un pesar profundo.

Gayarre entonces no era el intérprete de un personaje; era el personaje mismo que lloraba sus propias desdichas con notas de lágrimas.

Un biógrafo escribe así la dramática escena:

«El amoroso espectro de tu madre parecia en aquel momento flotar en aquel recinto como ángel tutelar de tu gloria: tú cantabas para ella, ahogando las notas entre gemidos, y el público, fanatizado, creía que todo aquel tesoro de sentimiento era para él, y no para el cielo.»

—¡Oh, nunca, nunca jamás—me decia Gayarre refiriéndomelo— volveré á cantar como aquella inolvidable noche!

El público, asombrado, sin respirar apenas, escuchaba, lleno de admiracion y de recogimiento, el canto aquel, que no parecia cosa de este mundo.

Cuando terminó, la ovacion fué inmensa, formidable; el público todo aplaudia y vitoreaba fanatizado. La noticia de la cruel desgracia que ocurría á Gayarre llegó como el rayo desde los bastidores al público, y éste, traduciendo su entusiasmo en cariñosa simpatía, corrió á su cuarto para mitigar, si posible era, con palabras de consuelo y con demostraciones afectuosas, el inmenso dolor del novel artista.

El éxito, pues, habia sido un triunfo completísimo, y muy superior á cuanto Gayarre habia soñado. Por eso siempre que lo recordaba, y en el seno de la amistad lo refería, terminaba diciendo:

—Mi buena y santa madre me dió á luz dos veces: primero á la vida; despues al arte.

(De las *Memorias de Gayarre*)





## MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.



Aquella rápida y brillante carrera de triunfos hicieron que en Italia se comenzara á designar á Gayarre con el apelativo de *el gran tenor*. Pero este apelativo necesitaba ratificarse en la *Scala* de Milan, meta suprema de todos los que al arte lírico se consagran. Cantar en aquel Teatro con éxito, era la confirmacion de gran artista. Y cantó.

De vuelta de Rusia, y despues de cumplir su compromiso en Palermo con mucho aplauso, aceptó el contrato para la *Scala*.

Gayarre volvió á entrar en Milán con mayores ansiedades é inquietudes que la primera vez que fué allá para comenzar su carrera. La idea de que tenia que *debutar* como gran tenor en aquel famoso Teatro que todos los artistas temen, y ante aquel público que pasa por el más competente en arte lírico, traíale inquieto y desasosegado. No era para ménos. Allí habia de conseguir el visto bueno de su fama y la mejor credencial de su carrera. Necesitaba, pues, alcanzarlos.

En la Galería, centro artístico por excelencia, como ya dije, se anunció la llegada de Gayarre á Milán, y la noticia de su *debut* como un caso de la mayor importancia; su nombre era traído y llevado de una parte á otra, sirviendo de tema á todas las conversaciones, y cuanto con el tenor tenia referencia era comentado y discutido con interés y acaloramiento. Porque en Milán, todo lo que al arte lírico se refiere, alcanza un atractivo superior á cualquier otro asunto.

Entretanto, Gayarre, siguiendo sus modestas costumbres, se habia encerrado en su casa y pasaba las horas estudiando y preparándose para la gran batalla próxima, sin preocuparse para nada de cuanto el público pudiera decir.

La ópera con que debia debutar era su predilecta: *La Favorita*.

Llegó el dia del ensayo y, según Gayarre, era entonces costumbre

en la *Scala* el que todo artista que por primera vez se presentaba en aquel escenario, cantase á toda voz, y tal como habia de hacerlo en la representacion, su primera romanza, á fin de que los músicos de la orquesta fuesen los primeros en escuchar al debutante.

Venia á ser aquello una especie de saludo de consideracion del artista hácia los profesores, los cuales pagaban generalmente con sus aplausos, que, á la vez de correspondencia á la atencion, daban ánimo é infundian confianza en el recién venido.

Gayarre, siguiendo la tradicional costumbre, cantó la romanza

*Una vergine un angiol di Dio,*

á toda voz y con el mayor esmero; pero hay que consignarlo: cuando concluyó, no hubo en toda la orquesta un aplauso, ni una frase que indicara la aprobacion más mínima.

El ensayo siguió adelante, como si nada hubiera pasado, pues no era hombre Julian de amilanarse por aquello, aunque comprendió que habia algo en la atmósfera desfavorable hácia él.

Sea por su calidad de extranjero, sea por la novedad de su estilo de canto, ó por cualquier otra causa, vió que habia prevenciones en su contra y se resignó á esperar.

Entretanto, allá en la Galería y en las mesas del *café Biffi*, se esperaban noticias del ensayo, y especialmente del debutante.

No tardaron en venir estas, pero nada satisfactorias, llegando algunos pesimistas hasta pronosticar un fiasco.

Daba la casualidad de que, sentados alrededor de una de aquellas mesas, habia dos españoles que por entonces residian en Milan: uno de ellos, aficionado y entusiasta por el arte músico, y persona de no vulgares conocimientos en la materia.

En la mesa de al lado habia un círculo de militares y paisanos que tambien hablaban de lo propio, y en mal sentido, asegurando un *francaso* para el jóven tenor que debia *debutar* al dia siguiente.

Carácter apasionado y resuelto el del español *dilettanti*, no podia sufrir aquella especie de conspiracion y de hablillas, y dirigiéndose á su compañero, le dijo:

—Chico, esto no se puede tolerar. Aquí, por lo que estamos oyendo, se trata del *debut* de ese joven compatriota nuestro, á quien yo apenas conozco ni he oido nunca; pero por lo visto esta gente se la está armando y quieren darle un disgusto. Nosotros, á fuer de buenos españoles, no debemos permitir que tal suceda. ¡Pues no faltaba más!..

Vamos á casa de ese *tenor*, nuestro paisano; le oiremos, y si nos parece mal, no canta, aunque tengamos que secuestrarlo; pero si lo entiende... ¡ay del que con él se meta!

Y acto seguido llamó al camarero.

—Oye, muchacho,—le dijo:—¿Sabes dónde vive don Julian Gayarre?

—Lo sabré enseguida.

Y poco tiempo despues les trajo las señas de la habitacion.

—Ahora mismo nos vamos á su casa á verle,—dijo á su compañero.

—¿Ahora?—replicó el otro.—¡Pero si apenas le conocemos, ni tenemos confianza con él, y es la una de la madrugada!

—¡Qué importa!... ¿Crees tú que podemos dejar vendido á un joven español, víctima acaso de una conspiracion de estas gentes? ¡Aun cuando solo fuera por el nombre de España!

Y se encaminaron á casa de Gayarre. Éste preparábase para dormir, cuando sintió llamar á la puerta de su habitacion.

—¿Quién podrá ser á estas horas?—pensó.

Abrió y se encontró: con los dos interlocutores del *Café de Biffi*.

Sin más preámbulos ni ceremonias, el español que habia tenido la idea de aquella visita, se dirigió á Gayarre diciéndole:

—Dispénsenos usted, señor Gayarre, que hayamos venido á estas horas á molestarle; pero ya le explicaremos despacio y oportunamente la causa, que á fe de caballeros y de españoles le aseguramos ha sido sólo en interés y por su bien de usted. ¿No debe usted cantar mañana en la Scala la *Favorita*?

—Si, señor... pero...

—No me interrumpa usted. ¿Está usted bien seguro de sí mismo y de salir adelante?

—Así lo creo.

—Perfectamente: y... ¡qué diablo! permítame usted que me atreva: ¿sería usted tan complaciente que tuviera la bondad de cantar ahora mismo aquí en el piano, la romanza del acto primero?

Gayarre se quedó suspenso ante tan extraña peticion, hecha por dos individuos á quienes apenas conocia, y que á tan avanzadas horas se le presentaban.

La cosa era particular de veras y no sabia cómo tomarla; pero habia en el que llevaba la voz tal acento de persuasion y porte tan simpático, que Gayarre sólo supo contestar:

—Sea como usted lo quiere.

Y se sentó al piano y cantó la romanza de salida á media voz, pero señalando todos los matices como si estuviese en escena.

—¡Bravísimo, paisano, bravísimo! —exclamó su interlocutor cuando Gayarre hubo terminado.—¿Y espera usted cantar así en la representacion?

—Procuraré hacerlo mejor todavía.

—Pues no hay cuidado: la victoria será de usted... ¡y será grande y ruidosa!... Y ahora, permita usted, Gayarre, que le dé las gracias y le abrace con entusiasmo como admirador y como amigo. Soy Pedro Agüera, y le convido á usted á mi casa de Sanlúcar para el día en que vaya á España. Ahora, á dormir bien.

Y abrazando á Gayarre con todo entusiasmo y sin explicarle la causa de su venida, se marchó con su compañero.

Desde aquel instante comenzó la íntima y cariñosa amistad que existió siempre entre el célebre tenor y don Pedro Gutierrez Agüera, cumplidísimo caballero de Andalucía y persona grandemente apreciada en su país y en la corte.

Al día siguiente se verificó el *debut*. Imposible reseñar aquella célebre noche, inolvidable para el artista y para el público. El éxito fué inmenso, colosal.

Desde que Gayarre cantó su romanza de salida, se hizo dueño de los espectadores todos y se decidió el triunfo. Su voz, su manera de decir, su clásica y pura escuela de *bell canto*, todo, en fin, hizo que alcanzara una de esas ovaciones que forman época, hasta el punto de que la noche del debut de Gayarre en la Scala se recuerda en Milán como uno de los más notables acontecimientos de aquel teatro.

El público en masa, entusiasmado, rayaba en el delirio, fanatizado por la voz de ángel, como se le empezó á llamar desde el primer momento.

Los periódicos todos llenaban al siguiente día muchas páginas con la reseña de *La Favorita*, agotando los elogios más expresivos en loor de Gayarre, cuyo nombre se repetía como el del tenor *senza rivali*.

Filippo Filippi, el célebre crítico musical, terminaba así su revista: «...en una palabra, asistimos anoche en la Scala, no al debut de un artista, sino á la consagracion de un genio del canto».

Toda la prensa, unánime, afirmó que ningun tenor habia llegado á Gayarre en la interpretacion de *La Favorita*, superando al célebre

Giulini, ídolo de aquel severo público.—«*La famosa romanza «Spirto gentil»—escribia La Perseveranza—il Giulini la cantaba tutta dolce, soave, finita. Il Gayarre la scolpisce meglio, seguendo il senso della parola é alternando la dolcezza, la saovità coll' energia, la disparazione dell' amante tradito.»*

Tal fué la celebridad que aquella memorable noche adquirió Gayarre en Milán, que, como cuenta otro distinguido crítico, «cuando entraba en el café Biffi, una inmensa muchedumbre se agolpaba á la galería de Victor Manuel para conocer al tenor maravilloso, para contemplarle, para verle comer ó tomar café.»

En cuanto al buen don Pedro Gutierrez Agüera, abrazaba entusiasmado á Gayarre, y casi con las lágrimas en los ojos le decia aquella noche al contarle el por qué habian ido á su casa la víspera á las altas horas de la madrugada:

—Permite que te hable de tú, querido Julian, porque los grandes artistas sois como Dios, á quien se tutea siempre.... ¡Qué victoria tan completa!... ¡Y hablaban de *fiascos*, cuando con solo abrir la boca te los tragaste á todos!... ¡Te digo que eres el primer español!

Y loco de placer y entusiasmo, repetía:

—¡Bien por Julian Gayarre! ¡Viva España!

Como confirmacion de todo cuanto llevo dicho acerca del *debut* de Milán, he aquí la carta que Gayarre escribia á don Conrado<sup>1</sup>

Es un desahogo, una confesion sincera del alma del artista hecha en aquellos dias de satisfaccion y de legítimo orgullo, en el seno de un pecho amigo que con él compartia sus alegrías y sus impresiones.

Hay que tener en cuenta todo al leerla. Dice así:

«Milano 15 de Enero de 1876.

»Sr. D. Conrado.

»Ya habrá usted recibido un telegrama que le mandé anunciándole el suceso extraordinario alcanzado el dia 2 del presente en el teatro de la *Scala* de Milán con la ópera *Favorita*. No quise que estuviese

(1) D. Conrado Garcia fué el protector cariñoso que le ilustró con sus consejos, el amigo del alma que le alentó en sus dias de amargura, y como decia Julian siempre, era un segundo padre para él.

usted sin saberlo en seguida, y por eso le mandé el parte. ¡Qué triunfo, don Conrado!

»No puedo desahogarme lo suficiente con esta carta; quisiera que hubiese usted estado presente en la ovacion que me han hecho. Ya hacia (así lo dicen aquí) veinte años que ningun tenor habia escuchado tantos aplausos como yo: aquí no se trataba de tener una voz más ó ménos grande, sino de tenerla bien educada para vencer todas las dificultades y resucitar el canto fino, que, desgraciadamente, en la época presente ya estaba olvidado. No se puede usted imaginar el alboroto y la alegría del público: me hicieron repetir la romanza *Spirto gentil* en medio de los más ruidosos aplausos: los periódicos de Milan me han colmado de elogios, y todos los de Italia han reproducido los de éstos, y hasta algunos franceses, creyendo sin duda por el apellido que yo fuese francés. Le mando á usted los de aquí, porque aun cuando no los entienda bien, siempre les sacará la sustancia.

»Ya he satisfecho todas las aspiraciones de mi vida, que eran, conseguir el triunfo que he alcanzado en este teatro, que, con razon ó sin ella, pasa por el primero del mundo. Este triunfo me ha dado mucha importancia y me ha colocado el primero entre los primeros tenores de la época presente.

»Ya he tenido proposiciones para cantar en el teatro de la *Grand Opera* de París; pero para esto necesito aprender á cantar en francés, y por ahora me será muy difícil, aunque conozco algo la lengua francesa: más adelante espero tener ese honor. Tambien me han ofrecido Bruselas, pero me ocurre el mismo inconveniente.

»Esas son las ventajas de este teatro, que dicta ley á todo el mundo. Si hubiera sido un triunfo por tener una gran voz, nadie se hubiera conmovido, porque eso es fácil; pero siendo por un canto fino y delicado, artístico, todo el mundo ha puesto atencion y me han colocado en las nubes. A pesar de que habia conseguido muchos triunfos en Roma, Bolonia, Palermo, etc., etc., y en San Petersburgo, Moscou y Viena, me faltaba éste, que es el principal (artísticamente hablando); y no le dejaré de decir que vinieron al teatro con cierta desconfianza y con el firme propósito de hacer una rigurosa justicia; pero á la primera romanza ya habia vencido la batalla, colmándome de aplausos, y en el cuarto acto llegaron al delirio: esto lo digo sin exageracion; pero tambien le diré que un mes antes he estudiado muchísimo y llevé la ópera aprendida á la perfeccion en sus más mínimos

detalles. Esto lo digo como un desahogo de mi corazón en el de un amigo como lo es usted para mí.

»No lea usted esto á muchos, pues creerán que he perdido la modestia y que exagero demasiado; pero usted y los amigos Maya, Sagardoy, etc., etc., saben que digo siempre la verdad desnuda; y si no, á los resultados. Seis años de carrera, y en ellos he cantado en los primeros teatros del mundo, y no una, sino dos veces.

»Este triunfo me ha mitigado algo el mal humor que me dejó la triste noticia del fallecimiento de mi inolvidable hermano, á quien he sentido en el alma. No me queda más que el padre, con setenta y cinco años, y temo que el mejor día, á pesar de su robustez, me vaya á dar un susto: en este momento recibo carta suya, y me dice que ha estado algo enfermo, pero que está mejor.

»Dé usted muchas expresiones á doña Ceferina y Julia, Sagardoy, Maya y demás amigos, y usted mande lo que guste á su afectísimo

JULIAN GAYARRE.»

¡Qué coincidencias tan extrañas tiene á veces el destino!

La noche del 2 de Enero de 1876 llegaba Gayarre al pináculo de su gloria cantando el Fernando de *La Favorita* en la *Scala* de Milán.

Catorce años más tarde, la noche del 2 de Enero de 1890, espiraba el ilustre artista en Madrid, pronunciando al morir, entre aquellas tristes congijas de la agonía, su última palabra: «¡Fernando!»

Era acaso el postrer recuerdo que su espíritu, velado ya por las sombras de la muerte, consagraba todavía á la inolvidable y gloriosa noche de la *Scala*.

(De las *Memorias de Gayarre*)



## MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE.



Estamos en el otoño del año 1877. Gayarre, despues de pasar una temporada en el Roncal al lado de su familia, se fué á Madrid para hacer su *debut* en la escena del regio coliseo.

Entre los *dilletanti* madrileños habia gran interés y verdadera curiosidad por oirle, lo cual se verificó la noche del jueves 4 de Octubre.

¡Fecha memorable! ¿Qué aficionado á la ópera no la recuerda? El teatro Real lleno de bote en bote por lo mejor y más brillante de la distinguida sociedad madrileña, aguardaba con impaciencia que se levantase el telon para la *Favorita*, que debian cantar Elena Sanz, Gayarre, Boccolini y Ordinas.

Se cantó efectivamente, y ¿habrá necesidad de recordar el éxito? Fué, como en la *Scala*, continuo, unánime, extraordinario, y de los que forman época en la historia de un teatro.

Todo el público habló y se ocupó desde aquel dia de Julian Gayarre, y todos los periódicos llevaron hasta los últimos rincones de la Península la buena nueva deque España tenia una gloria artistica más.

Siendo imposible reproducir las frases encomiásticas y los artículos que en loor de Gayarre se publicaron con motivo de aquella memorable representacion, me limitaré á copiar lo que en algunos libros se ha publicado.

El distinguido crítico musical D. Luis Carmena, en su magnífica obra *Crónica de la ópera italiana en Madrid*, hace en pocas palabras el resumen de aquella célebre noche.

«Se debió el triunfo, escribe, exclusivamente al tenor Gayarre, que desde sus primeras frases se reveló como un notable artista de la pura escuela italiana. En posesion de una voz extensa, bien timbrada



y manejándola de un modo magistral, dijo admirablemente toda la parte de Fernando, ajustando su canto y su accion á las exigencias del personaje, sin incurrir en los excesos y gritos tan al uso entre los artistas de esta época. Desde los tiempos de Mario, ningun tenor habia interpretado esta hermosa partitura con la delicadeza y colorido que lo hizo Gayarre.»

Otro buen escritor, el Sr. D. Máximo Arredondo, en su interesante libro *¡Julian Gayarre!* describe tambien, en elocuente forma, aquel suceso. Dice así:

«Lo cierto es, y bien lo recordarán cuantos tuvieron la fortuna de asistir al regio coliseo en aquella noche célebre, que la actitud del público madrileño, ordinariamente tan reservado, no permaneció ni un instante indeciso; porque no bien apareció Gayarre en traje de novicio seguido del bajo, y dijo, con la emocion consiguiente, las primeras frases del recitado de salida, el auditorio en masa sintió una extraña conmocion al escuchar el timbre celestial de aquella voz, que no admite competencia alguna y llevaba al ánimo la impresion de lo sublime. Al concluir la cavatina *Una vergine, un angiol di Dio*, un aplauso atronador resonó en la sala: el hielo se habia roto, y el tenor debutante sentaba plaza de generalísimo en nuestro teatro Real, pasando á ser el artista favorito de nuestro público; carácter que no habia de perder ya. Por esta vez al menos, el refrán famoso dejó de tener cumplimiento en la práctica. Gayarre era aclamado cual ningun otro artista en la capital de España: era nuestro profeta.

«Los números sucesivos de la ópera no hicieron sino confirmar el juicio y aumentar el entusiasmo de los espectadores: el duo con Leonora del segundo cuadro, que cantó con apasionado acento y delicada expresion, intercalando al final de la cadencia, y antes de tomar la vuelta del motivo, unas apoyaturas que eran una verdadera filigrana y que suscitaron bravos delirantes; el concertante del tercer acto y la célebre romanza del cuarto, de la que Gayarre llegó á hacer una verdadera creacion, por igual modo que el dúo con que la ópera termina, fanatizaron por completo al auditorio á punto tal, que los viejos aficionados no recordaban nada semejante.

«¡Fecha memorable la del 4 de Octubre de 1877! En ella se depuró por modo evidentísimo, como se depura y aquilata por virtud de la piedra de toque el grado de pureza de los metales, el mérito de una gloria española. En ese día los españoles, á la par que senti-

mos deleitados nuestros oídos, vimos satisfecho nuestro amor propio: poseíamos el primer tenor del mundo».

Gayarre, desde aquella noche, supo granjearse el aplauso de sus compatriotas, alcanzando constantemente tantos triunfos como noches cantaba, y haciendo dudar al público en qué ópera lo encontraba mejor.

A los ricos florones de su espléndida corona de artista, añadía los nuevos y brillantes de su querida patria. No hay para qué decir que sus antiguos amigos estaban locos de contentos, y nada se diga de sus respetables maestros Puig y Eslava. ¡Ay! D. Hilarion no pudo oírle en el teatro. Sus achaques reteníanle en casa postrado en un sillón; pero la noticia de aquel triunfo llegó en seguida hasta él, y mando Gayarre fué á verle y á recibir su cariñoso abrazo, solos los dos en el modesto gabinete del ilustre maestro, cantó todo cuanto Eslava quiso: fué entero para él.

Al oírle el anciano profesor y respetable sacerdote, lloraba como un niño, y tendiendo sus temblorosos brazos, le decía:

—¡Eso, eso es cantar!... ¡Así se canta!... ¡Que Dios te bendiga, hijo mio!

El que también le oyó y participó de la gloria y de las alegrías de Gayarre fué el abuelo, como familiarmente se le empezó á llamar por entonces. El gran éxito de *La Favorita* llegó en seguida á Roncal, donde el tío Mariano era objeto de todas las felicitaciones de sus amigos y convecinos, que constantemente le preguntaban por su hijo el *Cantor* (así llaman aquellos buenos roncaleses todavía al ilustre Julian.)

Hacíale al anciano cosquillas el cuerpo y no tenía paciencia para estarse allá en la aldea sin ver al hijo que tanta gloria le proporcionaba, y que era además el único, porque Victoriano había muerto.

Un día, á principios de Diciembre, se levantó decidido, y llamando á su sobrino Pedro María Garjon, le dijo:

—Prepárate, Pedro, que nos vamos en seguida á Madrid á pasar las Navidades con Julian.

Dicho y hecho: á la siguiente mañana tío y sobrino emprendían camino de Madrid. Llegaron sin novedad, y se fueron en derechura á la plaza de Oriente, donde vivía Gayarre.

Como era muy de mañana, el artista dormía tranquilo, sin sospechar quién llegaba en aquel momento á su casa, porque nada le habían dicho ni escrito de Roncal.

El tío Mariano y Pedro llamaron á la puerta, y salió á abrirles un criado que por entonces servía á Gayarre, italiano de nacion, llamado Francesco.

Los dos roncaleses, apenas se abrió la puerta entráronse de rondon por ella, sin decir más el tío Mariano que:

—¿Dónde está ese perezoso? ¿Estará en la cama todavía, eh? ¡Ah, dormilon!

Eran las ocho de la mañana.

Francesco, que no conocía á los tempranos visitantes, y que veía por vez primera á aquellos hombres, vestidos con calzon corto, medias de lana negras, alpargatas abiertas, chaqueta de paño oscuro y faja morada, se quedó suspenso y procuró cerrarles el paso, diciéndoles:

—*Ma signori*, ¿por quién preguntan ustedes? ¿Quiénes son?

—¡Pues vaya una pregunta!—le respondió algo amostazado el tío Mariano, al ver que le detenían el paso.—¡Soy el amo! ¡El padre de Gayarre!

Apenas oyó esto Francesco, corrió á avisárselo á su señorito; pero este había ya escuchado la voz de su padre, y saltando precipitadamente de la cama, salía corriendo á abrazarle....

Ya se comprenderá la escena que allí ocurrió.

Aquella misma noche cantaba Gayarre *La Africana*. Al ir al teatro llevó con él á su padre y á su primo, y los colocó en la delantera central de los palcos por asientos.

El teatro estaba completamente lleno. En el intermedio del acto tercero al cuarto, el *camerino* de Gayarre se colmó de amigos y admiradores que iban á saludarle y á pasar un rato con él.

Gayarre estaba muy alegre y de buen humor.

—Muy contento estás esta noche, Julian—le dijo uno de ellos.—Algo de bueno tenemos, ¿eh?

—Ya lo creo que estoy contento; pero no por nada de lo que piensas—replicó Gayarre.

—¡Y se puede saber la causa?

—Te la diré: que está en el teatro la persona que más quiero en el mundo y....

—¡Ya lo decía yo! ¿Quién es ella?

—¡Ella!... Es más, mucho más para mí que todas las ellas juntas.

—Pues, chico, no entiendo palabra.

—¿Me prometes no decir nada á nadie?

—Prometido.

—Pues bien: está mi padre.

—¡Tu padre!

—El mismo. Ven á verlo.

Y Gayarre llevó á su amigo hácia el agujero del telon diciéndole:

—¿Ves en aquellas delanteras de palco dos vestidos de aldeanos?

—sí.

—Pues aquel viejo es mi padre.

Gayarre se quedó allí contemplando y sonriendo al autor de sus dias.

Entretanto, al amigo le faltó tiempo para ir á dar la noticia por el teatro, que cundió en seguida, como el viento, entre el público.

Todos los anteojos se dirigian á los palcos por asientos buscando al buen don Mariano, que conversaba tranquilamente, sin notar las miradas de que era objeto, con su sobrino.

Cuando empezó el acto cuarto, y Gayarre cantó de aquella inimitable manera la hermosa romanza

*Oparadiso!*

mientras todos le aplaudian y aclamaban, nadie, sin embargo, miraba á la escena, sino que los ojos y las palmadas se dirigian hacia el buen anciano, que por contraste era quizá el único que tenia la vista fija en su hijo.

Se ha dicho y repetido, y hasta publicado, que cuando don Mariano oyó cantar á su hijo y supo lo que le pagaban, decia extrañándose:

—¿Y por eso te pagan tanto?

No es cierto. Lo que sí dijo aquella noche cuando, despues de la funcion le preguntó Gayarre mientras cenaban:

—¿Qué le ha gustado á usted más, padre, de la funcion?

Todos esperaban que contestase que su hijo; pero no fué así.

El buen tio Mariano, sin vacilar, contestó en seguida:

—Aquellas señoritas vestidas de corto que bailaban. ¡Caracoles, y qué buenas pantorrillas!...

No hay para qué decir lo que al oirle rieron todos, y especialmente Gainza, que le abrazaba diciendo:

—¡Bien, abuelo! ¡Es usted de mejor gusto que todos! Tiene usted razon....

Don Mariano llegó á ser popular en el teatro Real, á cuyas loca-

lidades de palco por asientos no faltaba nunca la noche que cantaba su hijo.

Todos los habituales concurrentes le saludaban y le daban conversacion, y no faltó tampoco alguna señora de buen humor que, riendo, le dijera en los momentos en que Gayarre, entre frenéticos aplausos, cantaba alguna romanza:

—¡Ay, don Mariano, si fuera usted capaz de hacer otro como ese!..

—¡Ay, señora!—le contestó el tío Mariano—esas cosas no se repiten.

En cierta ocasion que Gayarre tenia en su mesa varios amigos convidados, se discutia sobre el mérito y las cualidades de los más célebres tenores. Cada cual hacia su poco de historia y emitia su opinion. Don Mariano oía y callaba.

—Y á usted ¿qué le parece abuelo, de todo lo que se dice?—le preguntó Gainza en un momento de silencio.

Don Mariano, sin vacilaciones y con la mayor gravedad del mundo, exclamó:

—¿Yo?... Que como el de casa, ninguno.

Imposible describir lo celebrada que fué esta frase, que quedó de repertorio entre los amigos del malogrado artista.

Y á propósito. Entre las muchas coronas fúnebres colocadas sobre el ataud de Gayarre, habia una, enviada por la distinguida señora doña Joaquina Barbieri, esposa del célebre compositor y predilecta y muy querida amiga de Julian, que en una de sus cintas decia con letras de oro:

*¡Como el de casa, ninguno!*

Esta corona se halla en el Roncal, y debia ponerse sobre la tumba del tío Mariano.

*(De las Memorias de Julian Gayarre).*

